

**ENSAYOS DE HISTORIA INTELECTUAL.
INCURSIONES METODOLÓGICAS***
**DIEGO ALEJANDRO ZULUAGA QUINTERO Y
LUIS FERNANDO QUIROZ JIMÉNEZ (EDS.)**

FOCO, MEDELLÍN: 2021, 161 P.

Alexander Salazar Echavarría¹

* **Cómo citar esta reseña:** Salazar Echavarría, A. (2023). Reseña del libro *Ensayos de historia intelectual. Incursiones metodológicas* de Diego Alejandro Zuluaga Quintero y Luis Fernando Quiroz Jiménez (Eds.). *Estudios de Literatura Colombiana* 52, pp. 227-231. DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.elc.350718>

¹  asalazar@cmq.edu.mx
El Colegio Mexiquense, A. C., México

Uno de los retos que enfrenta cualquier disciplina incipiente es el de definir con claridad sus límites y posibilidades de conocimiento. La historia intelectual se ha venido planteando como un campo de estudios en el que convergen diversidad de temas y problemas bajo un enfoque novedoso que la aleja de las formas tradicionales de hacer historia. Esta flexibilidad que quizá sea su mayor riqueza es también su principal reto, porque ante tanta variedad pueden disolverse los principios básicos que la definen como disciplina y convertirse de ese modo en un concepto general, más o menos vacío, que puede ser utilizado sin rigor, cual si fuese un comodín. Si a ello le sumamos que es una disciplina que se expande con cierto éxito entre los países latinoamericanos —con dinámicas y prácticas particulares en cada caso—, el peligro de una desconexión entre las diferentes historias intelectuales “nacionales” aumenta, pero también lo hacen las posibilidades de una disciplina con una articulación realmente continental. En este sentido, el libro colectivo *Ensayos de historia intelectual. Incursiones metodológicas* acierta al ofrecer no estudios en la disciplina, sino una problematización del enfoque a través de la reflexión sobre sus métodos.

Editores: Andrés Vergara Aguirre,
Christian Benavides Martínez

Recibido: 02.08.2022
Aprobado: 24.11.2022
Publicado: 31.01.2023

Copyright: ©2023 *Estudios de Literatura Colombiana*. Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la [Licencia Creative Commons Atribución – No comercial – Compartir igual 4.0 Internacional](#)



El libro en cuestión, cuya edición académica estuvo a cargo de Diego Zuluaga Quintero y Luis Quiroz Jiménez, presenta siete ensayos que asumen el reto de reflexionar en torno a investigaciones particulares con el foco puesto en los conceptos, la metodología, las fuentes y las motivaciones personales a la hora de elegir un objeto de estudio. La presentación de los editores se ubica en la necesaria discusión sobre la pertinencia de una disciplina que se ocupa de temas que ya han sido y son tratados por la historia de las ideas: la ciencia, los pensadores y el conocimiento. La respuesta la encuentran en el abordaje: la historia intelectual “supera” la historia de las ideas “mediante diversos desarrollos metodológicos, ofreciendo miradas diferenciadas sobre el objeto de estudio: ya no solo las ideas en sí mismas, sino ellas en relación con sus productores o reproductores, dejando lejos la concepción de grandeza o heroicidad del pasado que se investiga” (p. 7). Algunos de estos “diversos desarrollos metodológicos” son explorados en los capítulos.

Los editores proponen la división del libro en dos partes: la primera “enfoca el carácter social de la producción intelectual mediante tres nociones sociológicas: sociabilidades, rituales de interacción y afinidades electivas” (p. 10). En este primer grupo se reúnen los ensayos de Juliana Vasco, Diego Zuluaga y Sandra Jaramillo. El segundo se centra en “la historicidad de la producción de las ideas, poniendo al servicio de aproximaciones biográficas los anteriores conceptos y otros más; tales como: progreso indefinido, invención, autobiografía, intelectual transeúnte, cultura jurídica” (p. 11). Allí encontramos los textos de Juan Guillermo Gómez, Gildardo Castaño, Rafael Rubiano y Alejandro Londoño. El énfasis de los primeros capítulos en el carácter social de la producción intelectual valida la tesis más o menos conocida de que las ideas no son ejecuciones de seres aislados, sino de comunidades que cuentan con sus espacios, rituales y artefactos. La segunda parte, centrada en la historicidad de las ideas, problematiza con éxito la biografía como instrumento de la historia intelectual, establece vínculos entre la investigación y los avatares del investigador, y le otorga al campo de estudios fuentes poco visibles.

Desde el aspecto más general, el libro es una invitación a la reflexión sobre las fuentes: ¿Qué tipos de fuentes pueden utilizarse en la historia intelectual y cuáles son los métodos más adecuados para su tratamiento? ¿Qué conceptos son operativos para intentar una interpretación coherente de las fuentes, en muchos casos dispersas? ¿Cuáles son las ideas que nos transmiten esas fuentes y qué nos dicen de los agentes que las produjeron? Es así como Juliana Vasco reconstruye la “vida y funciones” de cuatro sociedades literarias

de Antioquia. Sus fuentes van de las revistas literarias y culturales, que ya tienen cierta tradición en los estudios literarios e históricos, a otras que requieren un nivel mayor de perspicacia como las escrituras públicas, actas, reglamentos y anuarios. La autora propone la idea de sociabilidad, que más que una metodología, entiende como una “herramienta de análisis e interpretación” (p. 17). Diego Zuluaga elige la correspondencia del crítico colombiano Rafael Gutiérrez Girardot por cuanto considera las cartas como una “herramienta fundamental” y “fuente de información privilegiada para entender la dinámica de la vida cultural y erudita del pasado” (p. 31). Para otorgarle un sentido a sus más de tres mil piezas, Zuluaga se vale de la idea de rituales de interacción, que retoma de Randall Collins, y de los campos de Pierre Bourdieu. Sandra Jaramillo recurre a publicaciones periódicas, memorias y novelas autobiográficas para reflexionar sobre la “afinidad electiva” entre el filósofo Estanislao Zuleta Velásquez y el historiador Mario Arrubla Yepes.

En esfuerzos separados, pero con metas similares, Juan Guillermo Gómez, Gildardo Castaño y Rafael Rubiano buscan reconstruir la vida de dos intelectuales colombianos: Gutiérrez Girardot, en el caso del primero, y Baldomero Sanín Cano, en el caso de los dos últimos. La tarea asume para los tres cierto carácter monumental, que reconocen con sencillez, pero curiosamente por causas contrarias. Gómez “naufraga” en el “océano de documentos” que componen el archivo de Gutiérrez Girardot que él mismo en compañía de su grupo de investigación llevan años construyendo: correspondencia, artículos, libros, mecanuscritos, informes diplomáticos, grabaciones, etc. Mientras que Castaño y Rubiano deben partir de la escasez de documentos; su tarea consiste en reconstruir una figura que llega al presente a través de rastros, menciones, referencias. Castaño abre rutas de reconstrucción del pasado, de la “trama” de una vida, con ingeniosas conexiones entre fuentes dispersas y reducidas. Rubiano reflexiona sobre la manera en que la materialidad de la investigación y las circunstancias del investigador determinan su objeto de estudio: nos relata su encuentro con Sanín Cano en Argentina que lo llevó a su vez a una nueva faceta del intelectual colombiano. En el último capítulo, Alejandro Londoño explora las posibilidades del expediente criminal para la historia intelectual; esta aproximación establece una valiosa conexión entre el mundo editorial y el judicial al mostrar los procesos de censura llevados a cabo por el poder y las fuerzas intelectuales emergentes que defendían la libertad de prensa.

La apertura a una variedad mayor de fuentes es una de las consecuencias de abordar el estudio del pensamiento y la cultura no desde sus productos terminados, como

si fuesen unidades cerradas, sino desde su producción. Esta divergencia de las formas tradicionales de hacer historia de las ideas parte del presupuesto de que los contextos de producción determinan en gran medida las ideas mismas, por lo que su exclusión llevaría a una visión parcial de los fenómenos. Pretende además evitar el juicio de prácticas intelectuales a partir de modelos ideales, como bien lo señala Jaramillo: su interés radica en “cómo han sido las dinámicas intelectuales, antes que en especular cómo debieron haber sido o, más aún, lamentarse o excusarse porque no hayan sido de una determinada manera” (p. 54). Cuestiona además la idea misma de cultura como objeto de estudio. El capítulo de Alejandro Londoño es el más provocador en este sentido. Tomar el expediente criminal como una fuente *digna* de la historia intelectual es un reto a la forma tradicional de entender términos como “cultura” o “pensamiento”. En efecto, ¿qué equivalencia puede haber entre las obras cumbre, clásicas, aquellas que deben ser recuperadas y actualizadas por los investigadores, con la seca y estéril documentación judicial y los sórdidos agentes que la soportan? Londoño demuestra que este tipo de fuentes son privilegiadas en cuanto transmiten el imaginario de determinada comunidad lectora, esto es, sus expectativas de lectura, aquello que desde el plano moral se permite y está prohibido, y esclarece, de este modo, las dinámicas de censura que aplica esa misma comunidad para obligar un tipo específico de lectura. Y en este punto, sobra señalar la importancia de dichas prácticas para entender la cultura de lo impreso.

Si hubiera que reprocharle algo al libro sería que no hay ningún acercamiento al “espectáculo”, a la gran industria editorial o cultural en general. Es la gran ausencia, a pesar de que el enfoque desde la producción que propone la historia intelectual no excluye unas prácticas culturales y de pensamiento en favor de otras. Las contadas veces que se menciona, se lo hace a modo de negación. Y eso es problemático por varias razones, la principal porque el “sentido espectacular”, del que se distancia Zuluaga en favor de la “posición secundaria” de Gutiérrez Girardot (p. 46), y “el heroísmo hollywoodense”, como llama Gómez García a la industria cultural norteamericana, tienen un impacto cada vez mayor sobre nuestra cultura, muy superior a las prácticas de cierta élite intelectual. Es en este punto en el que se hace difícil no pensar en un aire de reivindicación como presupuesto del libro. No se trata de reclamar la inclusión de todas las prácticas culturales en un solo tomo, tarea evidentemente imposible. Es más una cuestión de pensar la investigación en historia intelectual desde la historia intelectual, es decir, desde la producción de las ideas, los agentes que las producen, y el contexto de dichos agentes.

Algunos de los autores llegan a sugerirlo con clarividencia: Castaño relata su transición del “orgullo ingenuo del reclamo” a la “simple voluntad de conocer” en la selección del objeto de estudio (p. 105). Gómez García reconoce que “hacemos de la escritura histórica reclamo y reivindicación, o sea justicia y falsas demandas, presentándonos en el colmo del púlpito de la época como árbitros imparciales del pasado” (p. 93) y se pregunta cómo establecer la debida distancia del investigador con sus fuentes.

Si vamos más allá, una hojeada del índice evidencia que estos investigadores se ocupan de prácticas intelectuales víctimas de una progresiva extinción. No me refiero a que su número esté disminuyendo, que sería un cálculo complejo; hablo más bien de que la recepción de dicha tradición letrada se ha visto relegada a los estudios de especialistas para especialistas; a que las olas tecnológicas, que están transformando la manera en que las ideas se producen y circulan, unidas a políticas culturales en deuda con la tradición letrada, que han privilegiado, ambas, la temida “norteamericanización” de la cultura, dificultan aún más dicha recepción. La pregunta que queda abierta es si, al lado de estas prácticas “marginales”, no sería necesario estudiar esa gran industria, que impone sus prácticas, canales y contenidos, para de ese modo entender las tensiones entre lo establecido y lo marginal y encontrar soluciones que superen la escueta negación o aprobación.

En síntesis, el libro es, en primer lugar, una invitación a cuestionar las fuentes y las rutas metodológicas y conceptuales que usamos para comprenderlas. Es, en segundo lugar, un intento de abordar los fenómenos culturales desde parámetros más amplios, que se ocupen de agentes y procesos invisibilizados por las prácticas editoriales dominantes. Es, en tercer lugar, una pregunta por el legado cultural de una élite letrada que se fosiliza con una rapidez extraordinaria debido al impacto de los desarrollos informáticos y las políticas culturales imperantes. Es, en última instancia, una propuesta que enriquece la comprensión de la historia intelectual desde su problematización como campo de estudio.